

JJ BENÍTEZ

LA GRAN CATÁSTROFE AMARILLA



DIARIO DE UN HOMBRE TRANQUILO

LA GRAN CATÁSTROFE AMARILLA

Diario de un hombre tranquilo

J. J. Benítez

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© J. J. Benítez, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Ilustraciones del interior: archivo del autor, © Gradual Map, cortesía de © José Luis González, cortesía de © GRAS, cortesía de © Juanfran, cortesía de © Liz, cortesía de © Flor Fernández Santamaría, cortesía de © Iván Benítez

Primera edición: octubre de 2020
Depósito legal: B. 13.501-2020
ISBN: 978-84-08-23388-6
Preimpresión: Safekat, S. L.
Impresión: Rodesa
Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

9 de enero (2020), jueves

Blanca acude a Correos y regresa hacia las 13 horas. Me entrega una docena de cartas. Reviso los remitentes, pero lo hago distraído. Es lógico. Mi mente está en otra parte... En cuestión de horas volaremos de Bilbao a Barcelona y, después, iniciaremos la penúltima aventura: la segunda vuelta al mundo en un crucero italiano llamado *Costa Deliziosa*.

La casa está manga por hombro. Hay maletas por todas partes. Blanca, mi esposa, lleva meses organizando el «negocio». Cuento siete maletas. ¡Esto es una locura!

Regreso al despacho y paso revista a mis cosas: catorce libros, el cuaderno de campo correspondiente, rotuladores... Y vuelvo a revisar la correspondencia. Pero, como digo, le echo un simple vistazo, sin abrir los sobres. Hay una carta que me llama la atención. Procede de California. La remite uno de mis «contactos» en Estados Unidos. La bella intuición susurra: «¡Ábrela!». Pero desobedezco. Y prosigo con la minuciosa revisión de mi mochila.

Blanca me reclama: «Hora de almorzar».

Le digo que ya voy... Y la bella intuición vuelve a tocar en mi hombro. Abro la misiva procedente de California. ¡Vaya! Son catorce folios escritos en ordenador y a un espacio. Ni hablar. Me niego a leerlos. No hay tiempo. Lo haré a la vuelta del viaje

(dentro de cuatro meses). Sí repaso la breve nota que acompaña los densos folios. Es la elegante letra de mi amigo y «contacto». Me dice que lea el informe con especial atención. Y subraya: «Es altamente confidencial». Desobedezco nuevamente y dejo las cartas sobre la mesa del despacho. Encabezando los catorce folios aparecen dos palabras que me dejan intrigado: «FORT APACHE».

Y arranca la nueva aventura...

He aquí lo consignado en el cuaderno de bitácora, día tras día:

Vuelo a Barcelona. Sin novedad. Aprovecho para repasar el itinerario de esta segunda vuelta al mundo:¹ Barcelona, Santa Cruz de Tenerife, Islas Barbados (en las Antillas), Cristóbal (Panamá), Manta (Ecuador), El Callao (Lima), Arica (Chile), San Antonio (Chile), Isla de Pascua, Pitcairn (Gran Bretaña), Papeete (Tahití), Bora Bora, Rarotonga (Nueva Zelanda), Taurangi (Nueva Zelanda), Auckland (Nueva Zelanda), Melbourne (Australia), Sídney (Australia), Yorkeys Knob (Australia), Rabaul (Nueva Guinea Papúa), Kobe (Japón), Nagasaki (Japón), Busán (Corea del Sur), Keelung (Taiwán), Hong Kong (China), Nha Trang (Vietnam), Phu My (Vietnam), Singapur, Klang, Penang (Malasia), Colombo (Sri Lanka), Marmagao (India), Bombay (India), Salalah (Omán), Aqaba (Jordania), El Pireo (Atenas), Heraclión (Creta), Katakolon (Olimpia) y Venecia.

En total, 106 días (supuestamente inolvidables). No me equivoqué... ¡Inolvidables!

«Aprovecharé —me dije— para redondear algunas investigaciones. Será mi séptima visita a Pascua y la cuarta a la bellísima Petra. En Papúa intentaré localizar a los testigos del ovni de 1959. Imagino que el misionero anglicano William Gill —uno de los principales testigos— habrá muerto... Ya veremos.»

Nos alojamos en el hotel Viladomat, en Barcelona. Habitación 510. Estoy cansado. La preparación de este nuevo viaje

1. La primera vuelta al mundo de Blanca y Juanjo Benítez tuvo lugar en 2017. Fruto de ese no menos intenso viaje fue *Mesa 110* (libro inédito). Desconocemos cuándo se publicará. (N. del editor.)

ha sido laboriosa; sobre todo para la infatigable Blanca. Esta mujer es admirable...

No me lo puedo creer... Bajamos al comedor del hotel y nos encontramos con un centenar de jugadores de cartas, a cual más alborotador. Se reúnen una vez por semana (y nos ha tocado a nosotros). Necesito silencio. Cenamos en otro lugar.

Una duda me domina: «¿Por qué estoy a punto de emprender este largo viaje?». Aparentemente no tiene mucho sentido. Ya dimos la vuelta al mundo en 2017. ¿Por qué me veo envuelto en esta nueva aventura? Hay investigaciones más urgentes. Debería dedicar estos cuatro meses a escribir... No sé. Estoy hecho un lío. Algo pasa... La intuición me dice que confíe. «Ellos» —mis «primos»— están ahí. Lo sé... «Ellos» saben. Me limitaré a vivir día a día. Dejaré que la vida fluya. Y me duermo con un pensamiento: «Si “ellos” han motorizado este viaje tiene que ser por una buena razón».

10 de enero, viernes

He dormido bien.

A las once de la mañana —tal y como concertamos— aparece Oriol Alcorta, editor de Planeta. Es un muchacho joven, amable y eficaz. Hablamos de la editorial, del inminente viaje y del libro previsto para el otoño de 2020: *Mis «primos»* (segunda parte de *Sólo para tus ojos*). En mayo, a nuestra vuelta, revisaré las galeradas. El libro se publicará en octubre. De pronto me llega una idea. Subo a la habitación, rescato un manuscrito de una de las maletas y se lo entrego. Oriol lo examina, sorprendido. El título del libro —inédito— lo desconcierta: *Siete disgustos y 55 minutos*. Pregunta de qué trata.

—Prefiero que lo leas —simplifico—. Ya me contarás...

A las 14 horas, almuerzo con Javier Sanz y Joaquín Álvarez de Toledo, destacados ejecutivos de Planeta. Les entrego sendas copias con una relación de algunos de mis libros. Todos

ellos —creo— podrían ser llevados al cine o a la televisión. Prometen estudiarlo.

A las 19 horas regresamos al hotel. Me espera Héctor Villena. Escucho su relato. ¿Posible abducción? Tendré que estudiar el caso.

Blanca sigue inquieta. Intuye también que este viaje «no es normal». Pregunta, pero no sé qué decirle. Y sólo acierto a responder:

—Parece como si «alguien» quisiera sacarnos de casa...

Blanca insiste:

—Tú sabes algo...

Le juro que no sé nada, pero no me cree. E intento tranquilizarla:

—Confía en tu Jefe...

11 de enero, sábado

He dormido a ratos e intranquilo. No sé por qué, pero este nuevo viaje no me gusta. Blanca cierra las maletas y me recuerda algunas compras de última hora.

Bajamos a desayunar y encontramos al Moli y a doña Rogelia, su mujer. Viven en Gójar (Granada). Hace meses decidieron embarcarse con nosotros en el *Costa Deliziosa*. Él fue anestesista y ella enfermera. Nos abrazamos. Y doña Rogelia empieza a hablar de ella y de su familia. El discurso se prolonga durante hora y media. Moli y yo nos miramos. Mi amigo le propina varios puntapiés bajo la mesa. Es inútil. Doña Rogelia sigue a lo suyo... Es insufrible. En esos momentos decido alejarme de la individua. Sabia decisión.

Caminamos por las calles de Barcelona. Blanca entra en una farmacia. Doña Rogelia sigue aturdiéndola con los problemas de su padre, de su hermana, de sus hijas y de la madre que la parió.

A las 12 horas metemos las maletas en dos taxis y nos dirigimos al puerto. El barco zarpa por la tarde.

Sorpresa. Una vez en la terminal, Blanca recuerda que ha olvidado una medicina en la nevera de la habitación del hotel. La mujer se pone nerviosa. La tranquilizo. Una llamada a recepción resuelve el descuido. Enviarán el medicamento en un taxi. Y así es. Media hora después aparece el taxista. Problema resuelto.

Más sorpresas. En la zona de embarque coincidimos con gente que dio la vuelta al mundo en 2017: Carmen, la periodista de Nueva York; María, la tetrapléjica, y Ángel, su marido; Montse; los murcianos (Encarna y Juan Antonio, con la mujer) y Fellini, entre otros. Todos repiten por puro placer. Eso dicen.

A las 13 horas entramos en el barco y nos dirigimos al camarote. Nos ha tocado el 5357. Es pequeño, pero suficiente. Dispone de un balcón. Las maletas no han llegado.

Tras una primera inspección decidimos subir a la cubierta nueve y comer algo. Es bufet libre.

Saludamos a otras viejas amigas: Pili y Cristina. Son chilenas. Yo las llamo *las Cubanas*. Pili tiene sesenta y dos años. Es rubia y bajita. Los pechos, hermosísimos, son de silicona. Cristina ha cumplido setenta y cinco años. Es morena y mapuche. Decidimos almorzar juntos. Hay nervios y risas. Para ellos todo es nuevo.

Mientras devoro una ensalada me encierro con mis pensamientos y hago algunas cábalas. El número de la cabina —5357— suma «20» ($5 + 3 + 5 + 7 = 20$). En kábala, el citado «20» equivale a «dolor, escondite y profetizar», entre otras acepciones. Por su parte, $20 (2 + 0) = 2$. Es decir: «2» = «la casa». Y medito. ¿Qué dice la kábala respecto al número del camarote? Simboliza «dolor». ¿Por qué? Lo ignoro. También representa «escondite». Eso lo entiendo. Durante 106 días, ese lugar será nuestra casa («la casa»). El término «profetizar» tampoco encaja. Y me respondo a mí mismo: «De momento...». ¿Qué demonios me reserva el Destino?

A las 16:30 horas regresamos a la cabina. Falta una maleta. Blanca se desespera. Insisto en la necesidad de tener paciencia.

Ordeno mis papeles y libros. Y establezco un estricto orden de lectura. Después inicio los «gd's» (guiones diarios) del libro

que me propongo escribir durante el crucero: *Helena (con hache)*. Se trata de un ensayo con una protagonista: Helena, una de mis nietas. Escribo a mano. Blanca insiste:

—Utiliza el ordenador portátil. Para eso lo he traído.

Me niego. No me gustan estos inventos diabólicos.

A las 20:30 cena en la segunda planta. Mesa 36. Nos reunimos los habituales: Moli, doña Rogelia, *las Cubanas*, Blanca y yo. El restaurante Albatros está lleno. Blanca solicitó el segundo turno (20:30 horas). El primero es a las 18:30. El barco zarpa lentamente.

La cena discurre entre banalidades. En el camarote de Moli no funciona el agua caliente. Empezamos bien.

Doña Rogelia toma el mando y habla y habla de su hija María. Escuchan pacientes. Yo, irritado.

Los camareros parecen amables. Uno se llama Lacman. En filipino, al parecer, significa «hombre suerte». La niña, María, es igualmente filipina. Es preciosa. Observo al resto de los camareros. Casi todos son orientales: hindúes, paquistaníes y, sobre todo, filipinos. Blanca y yo hablamos en inglés con ellos.

Ha sido otro día agotador. Al acostarme me acurruco —como siempre— en la voluntad del Padre Azul... Él sabe.

12 de enero, domingo

He puesto el despertador a las 07:30 horas. Me asomo al balcón y contemplo el Mediterráneo. Sorprendo a las ocho mil estrellas en plena fuga. La mar me acaricia de lejos. Viste aún un camisón negro. Al alba se cambiará de ropa.

Desayuno a las nueve de la mañana, en el bufet de la novena planta: fruta, yogur y café descafeinado. A mi alrededor escuchó francés, alemán, inglés y portugués. ¡Vaya! El 90 por ciento del pasaje aparenta más de setenta años.

Regreso al camarote y, mientras Blanca procede a ordenar la ropa y demás historias, abro el maldito portátil y rezo para que todo vaya bien. Son las diez y media de la mañana. Escribo

un nuevo capítulo de *Helena (con hache)*. Mejor dicho, lo intento. De pronto, la batería cae muerta. ¡Maldita sea!

Blanca recomienda que me dé una vuelta por el barco. Obedezco.

El *Costa Deliziosa* (lo de la «z» me tiene soliviantado) es un monstruo de 292 metros de eslora, trece niveles o cubiertas, 92.000 toneladas, 33 metros de manga, ocho de calado, tres motores de 35.000 caballos cada uno, dos hélices tipo *pitch* (capaces de girar) y varios motores laterales, así como estabilizadores. El consumo medio es de 80 toneladas de gasoil al día.

Tal y como me sucedió en la primera vuelta al mundo (2017), la primera excursión por el barco fue caótica. Me perdí una decena de veces.

Lo intento de nuevo a las 16 horas. Me sitúo frente al ordenador y trato de escribir. Imposible. El portátil dice «que no estoy enchufado a la red». Reviso los cables. Todo está correcto. El idiota —obviamente— soy yo...

Me dedico a leer. Blanca está agotada. Dice que le faltan armarios... Le han requisado la plancha.

Llega el boletín informativo diario. Lo llaman *Diario di Bordo*. Lo trae Francia, la filipina responsable de la limpieza del camarote. Pesa cien kilos y habla un inglés macarrónico. En el *Diario* anuncian las fiestas del día, actividades deportivas, torneos de anillas, de ping-pong, aeróbic, clases de estiramientos, *spa*, terapia de calor (que no sé qué es), reuniones de jugadores de burraco, cartas y juegos de mesa, desafíos (tampoco sé de qué se trata), escuela de baile, gimnasio, laboratorio creativo (manualidades), campo polideportivo, mercadillos, misa, biblioteca, teatro, karaoke y casino. Todo ello repartido por las diferentes cubiertas. El teatro empieza a las 19 horas. A las 17 se anuncia una reunión con María Dolores Larroda, representante de los 168 españoles que viajamos en el crucero. A todo esto hay que añadir varios restaurantes, un hospital y varias oficinas de cambio de divisas, excursiones y atención al cliente.

A las 22 horas me asomo al balcón. Las luces de Barbate me saludan por estribor. Y mi corazón se detiene. «Yo también te amo.»

13 de enero, lunes

Suena el despertador a las 7:30. Blanca no comprende por qué me levanto tan pronto. «Estamos de vacaciones..., supuestamente», protesta. Y replico, entre dientes:

—Sí, supuestamente...

Tras el desayuno, en el bufet de la novena planta, me encierro en el camarote e intento escribir. Blanca sigue protestando. Finalmente estalla una minibronca. La mujer agarra un libro y se dirige de nuevo al nivel nueve.

—Estaré en la popa —gruñe.

Consigo escribir diez líneas. Algo no va bien. *Helena (con hache)* se atasca. Esta vez es mi mente. Y escucho —nítida y susurrante— una voz familiar:

—Trátala con cariño... Sé amable y paciente.

Es la «chispa». La he oído muchas veces. La reconozco al instante. La «chispa» o *nitzutz* es el Padre Azul, fraccionado. Vive en mi mente desde hace 69 años, aproximadamente.

Apago el portátil e intento pensar. Tenemos casi cuatro meses por delante. En total, 105 días de viaje. ¿Merece la pena enfadarse en la segunda jornada? La «chispa» tiene razón, naturalmente. Así que abandono la cabina y me dirijo al nivel nueve, a la búsqueda de Blanca. En el ascensor coincido con Carlitos Escopetelli, el viejo profesor. Lo conocí en el anterior crucero. Ha sido contratado para dar conferencias sobre los países y culturas que visitaremos. Nos saludamos y me recuerda que, a las 17 horas, hablará sobre «el misterio de las columnas de Hércules». Puente o nivel tres. Asiento y, misteriosamente, me duermo de pie. ¡Vaya!

Al despertar me encuentro en la popa del nivel nueve. ¿Qué ha pasado? Imagino que es el cansancio. ¿O fue Carlitos? Recuerdo que me dormía en todas sus charlas...

Blanca toma el sol y lee. Le doy un beso y sonrío. Es un encanto. No hay palabras. No son necesarias. Le llevo una copa de vino blanco y brindamos por nosotros. La mar me mira con su típico color azul agachado. Creo que está celosa...

A las 19 horas acudimos al teatro, en el puente dos. Una hora de ballet. No salgo de mi asombro. Un alemán se ha tumbado en las butacas de la parte de atrás y ha permanecido todo el tiempo con la mirada perdida en el techo del anfiteatro. Ocupa cinco asientos. Al terminar la función se levanta y aplaude. Es jorobado. Desde hoy lo llamaré *el jorobado de Notre-Dame*.

Me revienta, pero me aguanto. A las 20:30, cena de gala. Obligatorio ir con chaqueta y corbata. Protesto. Hace años que no uso la corbata. Blanca no cede. Me fulmina con la mirada. Y la «chispa» regresa:

—Sé amable...

Acepto la chaqueta y rechazo la corbata. La cena discurre por derroteros de medio pelo. Doña Rogelia no tarda en acaparar la conversación y nos habla de su hija María. Estoy hasta el gorro...

Al regresar al camarote llegan buenas noticias: a las 19 horas ha nacido Índar, el nieto número doce. Ha venido al mundo en Cádiz. Tampoco es mal sitio para nacer...

14 de enero, martes

A las nueve de la mañana atracamos en Santa Cruz de Tenerife (Islas Canarias. España). Día soleado.

A las once descendemos a tierra y buscamos a José Luis González, un viejo amigo. Blanca ha quedado con él. José Luis fue el afortunado fotógrafo que consiguió varias y espléndidas fotografías de un ovni en la noche del 23 de octubre de 1975 en la playa de La Tejita (Tenerife).¹ En aquella ocasión, varias naves no humanas surgieron de la mar. Hubo muchos testigos.

La conversación se prolonga —prácticamente— toda la mañana. Recordamos viejos tiempos y, de pronto, mi amigo confiesa:

1. Amplia información en *Cien mil kilómetros tras los ovnis* (1978). (N. del autor.)

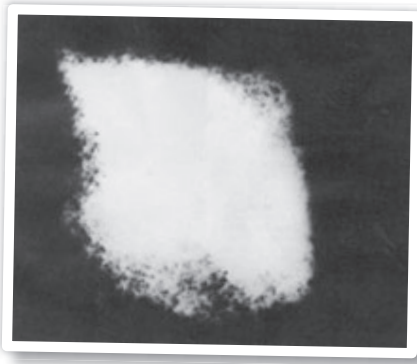
—¿Sabías que los negativos de aquellas fotografías desaparecieron?

No tenía ni idea.

—Fue muy extraño —explica—. Yo los guardaba en un sobre, en el interior de una caja de coñac. Había sacado la botella y la copa y destiné dicha caja a guardar los valiosos negativos. La caja se hallaba depositada en mi laboratorio fotográfico. Nadie tenía acceso a él. Y, de pronto, desaparecieron.

—¿Cuándo ocurrió?

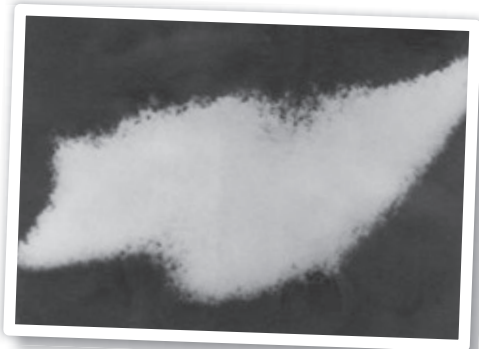
—Dos años después del múltiple avistamiento. Hacia 1977. Un día me llamó nuestro querido y añorado Paco Padrón y me pidió una copia de las imágenes. Cuando abrí la caja, los negativos no estaban. Y hasta hoy...



Nave no humana fotografiada por José Luis González en octubre de 1975.



Ovni resplandeciente captado por José Luis González en la playa de La Tejita (Canarias).



Tercera imagen: el ovni se divide en dos.

No era el primer caso ni será el último.

A primera hora de la tarde regresamos al *Costa Deliziosa*. El barco zarpa a las 18, rumbo a Barbados.

Esta noche retrasamos las agujas del reloj. A las tres serán las dos. Y me duermo pensando en el «robo» de los cuatro negativos, propiedad de José Luis. ¿Fueron los militares? ¿O quizá mis «primos»?



**Paco Padrón (izquierda)
y Emilio Bourgón, testigos
de los ovnis de La Tejita.
(Archivo: J. J. Benítez.)**



**José Luis González en
2020. (Foto: Blanca.)**

15 de enero, miércoles

El *Costa Deliziosa* continúa la navegación por el Atlántico, con rumbo oeste.

He rectificado. El reloj avisa a las 8 de la mañana. Blanca protesta, pero poco.

Tras el frugal desayuno —siempre fruta, yogur y café— regresamos al camarote. Blanca sigue ordenando armarios. Es preciso introducir la tarjeta de «no molesten» en la puerta. Sólo así puedo escribir con relativa calma. Lo hago con soltura has-

ta las doce. Cierro el ordenador y salimos a caminar. Me he propuesto hacer ejercicio durante una hora al día. En el barco sólo hay tres posibilidades: el gimnasio, ejercicios en grupo o pasear por las cubiertas. Me decido por la última. Caminar me ayuda a pensar. Elijo el puente diez, al aire libre. La mar está tranquila y ausente. No me ve. Un viento flojo y distraído va y viene. Pienso en *Helena (con hache)*. Las preguntas de mi nieta son desconcertantes. Parece una niña azul...

A las 12 en punto, el barco hace sonar la sirena. La mar nos mira, asombrada. Y el capitán habla al pasaje y a la tripulación. Por cierto, no lo he mencionado: en el *Costa Deliziosa* viajamos 2.000 pasajeros y 800 tripulantes, más o menos. El capitán se llama Alba, como yo (es mi cuarto apellido). Alba habla en italiano. Menciona la velocidad del buque (19 nudos), la temperatura (17 grados Celsius), la de la mar (18 grados) y las millas recorridas desde Tenerife (no recuerdo el número). Anuncia que llegaremos a Barbados el lunes, 20 de enero. Y termina con una frase: «La mar —por supuesto— es una bella mujer». Totalmente de acuerdo. Yo me enamoré de ella cuando tenía tres años. Mi padre me llevó a la playa de la Yerbabuena, en Barbate, y me la presentó. Fue un amor a primera vista. La verdad es que no sé vivir si no la veo...

Camino hasta las 13:30 horas. Tras el almuerzo —pura ensalada— me refugio en el camarote e intento dormir un poco. Blanca se ha quedado en la planta nueve con doña Rogelia y *las Cubanas*. La de Gójar se ha traído un parchís. Mientras juega no habla de sí misma ni de su familia. Algo es algo.

Imposible conciliar el sueño. No sé qué me ocurre. Presiento algo, pero ignoro de qué se trata. Algo va a ocurrir...

Termino por sentarme de nuevo frente al portátil y escribo hasta las 18 horas. Voy por el folio 38. No está mal.

Aparece Blanca y se arregla para ir al teatro. A las 19 nos sentamos cerca del *jobado de Notre-Dame*. El tipo sigue con su costumbre de tumbarse sobre cinco asientos. ¡Cuánto grillado!

Actúa un grupo llamado The Beatbox. Imita a los inimitables Beatles. Disfruto con *Penny Lane*, con *Imagine*, con *Help...* ¡Qué noche la de aquel día! Salimos reconfortados.

En la cena, Moli y este pecador hablamos de los Beatles. Discutimos. El anestesista dice que *Something* fue compuesta por Harrison. Yo dudo. En algo sí estamos de acuerdo: las letras de las canciones de los melencólicos de Liverpool son una castaña; la música, en cambio, es celestial.

Doña Rogelia sigue con lo de su hija María. Moli y yo la ignoramos. Y canturreamos *Michelle*, *Yellow submarine* y *Yesterday*.

El menú ha sido excelente: sopa de verduras (en mi caso), pez espada a la plancha y sandía. Y todo bien regado con vino blanco.

Moli y yo tenemos el corazón dividido entre Lennon y McCartney. Pero reconocemos que ambos son sublimes e irrepetibles. Los camareros están desconcertados. Nunca habían oído cantar —tan horriblemente mal— las canciones de los Beatles.

De regreso al camarote, doña Rogelia sigue con la matraca sobre su madre, sobre su hermana y sobre su hija María. Sinceramente, huimos.

A las 23 horas, la mar está en su primer sueño. Las ocho mil estrellas visibles cantan muy bajito. Reconozco la canción: «¡Help!». ¿También ellas presienten algo?

16 de enero, jueves

Día soleado. El Atlántico sigue dormido. Hay algunas olas, pero remotas; como perdidas.

Interrumpo la escritura y a las 11:30 acudo al teatro, en el puente dos. Carlitos habla sobre «los portugueses en el océano Atlántico».

Lo sabía. A los cinco minutos quedo profundamente dormido. Me despiertan unos tímidos aplausos.

A las 13 horas subimos a la cubierta nueve. En popa se abre un largo bar con una veintena de mesas. Atienden camareros filipinos y sudamericanos. El jefe es un negrazo de casi dos metros y peores pulgas. Decido llamarlo *Milla verde*. Allí coin-

cidimos españoles, franceses y alemanes. Todos gritan más que todos. En una de las mesas nos reunimos Carlos y Ana (él cirujano maxilofacial y ella ingeniera de montes o algo así), Paloma y José Luis (farmacéutica y editor —creo— de Alfaguara), Toñi (*la Sueca*), Lourdes y Rafael (bióloga y cirujano) y Antonio (exinspector de Trabajo), entre otros. Hablan de mil asuntos. Yo me limito a observar.

—Acabamos de cruzar el trópico de Cáncer —apunta alguien. Nadie sabe quién es el tal Cáncer..

Por la tarde, tras escribir un par de horas, acudimos nuevamente al teatro. Hoy toca ópera.

Al salir del restaurante Albatros (22:30) pasamos por delante del casino. ¡Vaya! Allí está María, la tetrapléjica, en su silla de ruedas. Juega a la ruleta. Pensamos que se había curado, pero no...

Nuevo cambio de hora. A las tres de la madrugada serán las dos. Empiezo a estar un poco harto.

Me asomo al balcón y contemplo las ocho mil estrellas. La temperatura ha descendido. Los luceros lo acusan y tiemblan. Blanca se acoda en la barandilla, me observa de reojo y comenta:

—Tú tienes un gran secreto...

La miro, desconcertado. Y disimulo:

—No sé a qué te refieres.

La mujer sonríe, levanta la vista hacia la negrura y replica casi para sí:

—Sabes muy bien de qué hablo.

Quedé perplejo. ¿Cómo lo había adivinado?

Sí, tengo un gran secreto... Pero elegí el silencio. Besé primero a las estrellas. Después la besé a ella y me retiré.

17 de enero, viernes

Al subir a la planta nueve (8:30 de la mañana), con el propósito de desayunar, Blanca y este pecador descubrimos algo desconcertante: una mujer madura, toda ella vestida de verde

—¡y con bufanda del mismo color!—, se encuentra sentada frente a una mesa. Sobre el tablero aparecen dos ositos de peluche, también con sendas bufandas verdes. La señora les habla en un dulcísimo italiano. Y, con mimo, les da de comer cereales con leche. Introduce la cuchara en el cuenco y lleva el desayuno a las bocas de los ositos. Y así una y otra vez. Después, con paciencia franciscana, limpia los morritos de los peluches.

Creí que lo había visto todo, pero no...

Algo más allá, en una mesa individual, vemos a otro curioso personaje. Lo conocimos en el anterior crucero. Se trata de un suizo. Al parecer viaja solo. Pues bien, cada mañana busca la misma mesa y la siembra de banderas de aquellos países por los que navegará el barco. Una pequeña bola del mundo y una fotografía acompañan la colección de banderas. La foto —según me explicó— es de su madre, muerta. «De esta manera —aseguré— ella ve mundo.»

¡Dios de los cielos! ¿Dónde nos hemos metido?

Escribo en el camarote hasta las 12. Después camino.

El capitán proporciona información sobre la navegación. Su pequeño discurso, en italiano, es traducido al francés, alemán, español, inglés y portugués. Frase del día: «El mar, una vez que ejerce su hechizo, mantiene a uno en su red de maravillas para siempre» (Jacques Costeau). Rectifico las palabras de Alba: El mar es una mujer. Y, mientras camino, añado de mi cosecha: «No lo sabemos, pero la mar está encarcelada», «Ella —la mar— tiene los ojos azules», «Ella —la mar— es puro beneficio», «Ella —la mar— fue el primer habitante de la Tierra.» «Ella —la mar— se peina con silencios.»

A las 13 horas me uno a la tertulia, en el bar de la novena planta, en popa. La gente habla atropelladamente. No sé qué dicen sobre máscaras. Alguien me lo aclara: «Esta noche se celebra una fiesta de carnaval... Todo el mundo debe llevar una máscara... Será en el bar Mirabilis, en el nivel dos. Dudo que vaya.»

Y, de repente, llega Encarna, la farmacéutica de Murcia. A pesar de sus setenta años tiene una figura escultural. Su simpatía es arrolladora. El día anterior —olvidé anotarlo en el cuaderno de bitácora— habíamos hablado.

—Juanjo —preguntó—, tú que tienes conexión con «ellos», ¿podrías decirles que me busquen un novio «clínex»?

—¿Qué es eso?

Me miró como si fuera un «E. T.». Y replicó:

—Un novio de usar y tirar...

Recuerdo que levanté la vista hacia el azul del cielo y le dije:

—Hecho.

Y pensé: «Y ahora, además, vidente».

Pues bien, Encarna, como digo, llega a mí y —muy emocionada— cuenta lo siguiente: ese viernes, 17 de enero, alguien ha dejado una nota en el buzón de su camarote. La citan para las 15 horas en el bar de la segunda planta (en lo que llamamos «la Bola»). Está perpleja y emocionadísima. Me sonrío y se aleja. Ya me contará... Me quedo de piedra. No sabía que «ellos» se ocupasen de esas minucias.

En la tertulia hablan de los personajes extraños que viajan en el *Costa Deliziosa*. ¡Vaya, qué casualidad! Pero, ¿desde cuándo creo en la casualidad?

Alguien ha visto a un franchute que viste —a diario— un pijama rojo. No se lo quita jamás.

Un alemán se planta cada mañana en la barandilla de estribor, en la novena planta, en popa, y contempla el horizonte marino durante horas, sin parpadear. Lo llaman *el Tótem*. Se coloca siempre junto al contenedor de la basura.

Hablan de *Botero*, una señora que, posiblemente supera los 200 kilos de peso. No habla. Jamás responde a ninguna pregunta.

El carnicero de Núremberg es otro tipo raro. Es catalán, tiene cincuenta carnicerías y sólo le preocupa bailar.

La Maléfica es una española —alta y esmirriada— que, según ella, «sólo viene al crucero a follar, a follar y a follar».

El Soviético es otro español enigmático. Viaja solo. Es alto como un ciprés y se dedica a espiar a las mujeres. Su única compañía es una gorra negra y soviética.

Sofía Loren es una veterana actriz italiana, bellísima y cordial. Viaja igualmente sola, con la única compañía de un bastón.

La lista es interminable.

Antes de la cena, Blanca me da otra sorpresa: ha contratado un crucero para el año 2022. Cuarenta días por el Caribe y la costa este de Estados Unidos. La veo ilusionada, pero, ¿estaremos vivos?

La noche ha llegado sin avisar...

18 de enero, sábado

Día nublado. Mar en calma. Los horizontes —mire hacia donde mire— son infinitos y perfectamente rectos. ¡Qué misterio! Nunca he visto un horizonte curvo.

Escribo sin tropiezos hasta las 12. Salgo a caminar y a pensar.

El capitán anuncia por la megafonía: «24 grados Celsius... La temperatura de la mar es ligeramente superior: 26 grados... Velocidad del barco: 19 nudos... Profundidad: 3 kilómetros, aproximadamente...». Frase del día: «La mar reza horizontes». Y añadido de mi cosecha: «La mar rueda hacia ninguna parte», «Los glaciares son agua en levitación» y «He visto glaciares azules (a fuerza de silencio)».¹

¡Vaya! Moli y doña Rogelia siguen con problemas en su camarote. Ahora es un potente ruido. Se presenta —únicamente— durante la noche. Protestan, pero no sirve de nada.

A las 13 horas, en la tertulia de la nueve, llega Encarna, la escultural murciana. Y aclara el misterio del novio «clínex». Se trataba de una invitación para participar en un vídeo publicitario del barco. Intuyo que mi prestigio como vidente está por los suelos...

A las 17 horas, Blanca acude al puente tres (Piano Bar). María Dolores Larroda —representante de los españoles— hablará sobre la próxima escala: Barbados y no sé qué más. Blanca la ha bautizado como *la monja*.

1. Frases extraídas de *1010 ideas (irreverentes)*... (Libro inédito de J. J. Benítez.). (N. del editor.)

Dedico parte de la tarde a planificar mi futuro profesional. Trazo esquemas y guiones. ¡Qué ridiculez! Si el futuro no existe, ¿por qué me preocupo de esto? Es que soy humano (todavía).

2020: escribir *Helena (con hache)*.

Mayo (2020): presentación de *El diario de Eliseo* en Colombia. Después, investigaciones en México (¿agosto?).

Corregir galeradas de *Mis primos* (segundo volumen de la serie ovni).

Septiembre (2020): escribir *In-posible* (quinto volumen de la serie ovni).

Diciembre: mudanza (?).

2021: escribir el sexto volumen sobre el fenómeno ovni. Título provisional: *Ovnis en la antigüedad*.

Entre julio y diciembre, séptimo volumen sobre el fenómeno ovni (sin título).

2022: escribir *21.000 vírgenes* (octavo libro sobre ovnis).

Entre julio y diciembre: transcribir *Rayo negro* (final de los «*Caballos*»). Desconozco cuándo se publicará.

2023: escribir *Oiz*. Blanca no quiere que me meta en esa investigación. Dice que es peligrosa. Veremos qué hago...

Me rindo. En estos momentos, el número de libros en proyecto supera los doscientos. El Maestro tenía razón: «No hagas planes más allá de tu sombra». No sirve de nada. Pero, como digo, soy humano. No puedo remediarlo.

En la cena, Cristina —una de *las Cubanas*— me habla de su hermano, muerto en Santiago de Chile. Dice haberlo visto en sueños. Quedamos para mañana. El restaurante Albatros no es el lugar adecuado para conversar sobre ese delicado asunto.

Doña Rogelia toma el mando de las conversaciones y bate su propio récord: dos horas hablando de su familia y de sí misma. Moli y yo intercambiamos significativas miradas de complicidad. Lo sé: es muy *gartible*. Queda bautizada como *la Gartible*.

Nuevo cambio de hora. Las estrellas juegan al ping-pong con el tiempo. Son listas...